

AGUSTÍN ALBARRACÍN TEULÓN (1922-2001)

Conocí a Agustín Albarracín en Valencia en 1969 con motivo del Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Medicina, que entonces se celebraba. Su amabilidad —y cercanía, a través de su amistad con mi primo Vicente Peset— me animó más tarde a pedirle una entrevista en Madrid, con motivo de un viaje de mi curso médico en su último año, para conocer el Instituto Arnau de Vilanova del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Creo recordar que me recibió un sábado, al menos el imponente edificio de Duque de Medinaceli estaba solitario, y, con su generosidad de siempre, me introdujo a través de laberínticos y vetustos pasillos a las polvorientas y desarregladas habitaciones en las que desde entonces colaboramos. Salvo unos importantes años en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, cuando a Pedro Laín se le concedió allí un Departamento, la labor de Albarracín se desarrolló en el viejo edificio del Centro de Estudios Históricos de la Junta para Ampliación de Estudios, en donde el Consejo fundó sus institutos, entre ellos el Arnau de Vilanova consagrado a la historia de la medicina y a la antropología médica.



Nació Agustín Albarracín Teulón en 1922 en Cartagena, doctorándose en la Facultad de Medicina de Madrid, empezando así su larga relación con Pedro Laín Entralgo. Forjó su buen gusto literario en el estudio de la medicina en Lope de Vega, iniciando entonces una dilatada carrera como historiador de la medicina. Con gran vocación, ejerció su pasión por este saber a través del estudio del pasado, centrándose en el análisis de los grandes cambios de su disciplina y de su profesión. Su gran

cultura le permitió variados puntos de vista, que oscilan entre la ciencia y el humanismo, siempre con rigor erudito, amena redacción y sabios criterios. Supo plantearse las grandes preguntas de la medicina y de la vida, respondiendo siempre con precisión y elegancia.



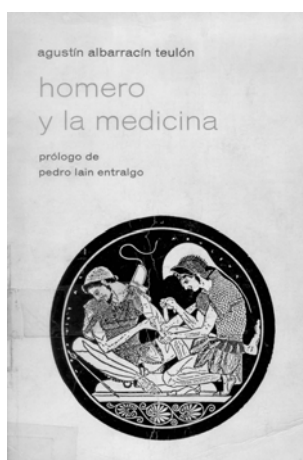
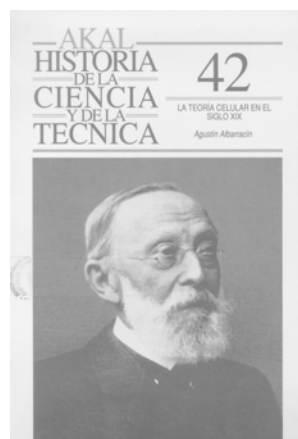
Su trabajo se realizó por décadas en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, primero en el «Arnau» y, más tarde, en el Departamento de Historia de la Ciencia del Centro de Estudios Históricos, hoy Instituto de Historia. Fue Colaborador, Investigador y Profesor de Investigación, dirigiendo Instituto y Departamento. Durante su mandato, se convirtieron en un destacado centro de investigación en historia de la medicina y de las ciencias. Este mismo cuidado mostró en los muchos años en que estuvo al frente de la revista *Asclepio*, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En sus hombros descansó durante muchos años la revista, que desde la historia de la medicina y la antropología médica, se amplió a la historia de las ciencias. Fue su secretario de redacción desde 1964 y su director desde 1978.

Su trabajo personal se orientó hacia la historia de las ideas médicas y hacia el pasado de las profesiones sanitarias. Sus estudios sobre el mundo clásico le permitieron señalar el proceso de formación de los saberes y las actividades médicas en los poemas homéricos, así el notable avance de la secularización que en ellos se produce. Es evidente que desde los escritos *Sobre la medicina antigua*, o bien *Sobre la enfermedad sagrada*, el sanador se esfuerza por explicar el curso natural de la enfermedad. Creyente en el sagrado poder de la naturaleza, la enfermedad sería una alteración de su camino. En los últimos cantos de la Odisea, cuando el vagabundo Ulises regresa a su hogar, la presencia de esos sanadores artesanales es señalada. Se preguntan los invitados a la fuerza si el extraño personaje sería un poeta, un cantor, un adivino, un artesano... Pero también puede ser «un médico de las dolencias», entre esos «que ejercen su profesión en el pueblo». Además, junto a los dioses médicos, aparecen oráculos y hechiceras, éstas capaces de emplear conjuros y drogas, así como soldados médicos, que curan las enfermedades de las armas.

Se interesó también sobre el gran siglo médico y científico, el siglo XVII, en el que por fin se consigue alcanzar un saber moderno. Sus análisis sobre Thomas Sydenham o sobre William Harvey son preciosos, mostrando en ellos el nacimiento de la medicina moderna. En sus obras nos recuerda las diferencias y contrastes entre los dos médicos, uno al lado del revolucionario Cromwell, el otro fiel a su monarca Carlos I; uno cuidadoso clínico, observador del hombre enfermo, que supo describir y definir con precisión las especies morbosas, el otro fisiólogo racional y experimental que permitió el conocimiento definitivo de la circulación de la sangre. También establece una intere-

sante comparación entre Miguel Serveto y William Harvey. La formación humanista y médica del aragonés, así como sus preocupaciones teológicas, lo convierten en una figura distante del médico real que fue el segundo, quien incluso en la República vivió en la tranquila riqueza familiar tan solo inquietado por sus recuerdos y sus perdidas fidelidades.

En fin, su preocupación por el mundo contemporáneo le hizo centrarse en la figura de Santiago Ramón y Cajal, del que conoció con profundidad su figura y su obra. Con su amena escritura, fue capaz de presentarnos la difícil síntesis que en don Santiago suponían el hombre, el catedrático y el investigador. Resumiendo su vida, pedía el sabio aragonés ser recordado por tres méritos, su larga labor científica, su apasionado patriotismo y su respuesta a la opinión europea de que España, si bien había logrado importantes éxitos en arte y literatura, no había contribuido ni a la filosofía ni a la ciencia. Cuidadoso y elegante biógrafo, también supo insertar estas novedades en la magna historia de la formulación de la teoría celular. No olvidó, sin embargo, su interés por la profesión médica, aportando valiosos trabajos sobre los problemas de los títulos en medicina, así como sobre las luchas por la colegiación. También otras vías profesionales y científicas, como la homeopática, le interesaron.



Maestro apasionado, estudioso entusiasta, supo vencer a muchas generaciones de alumnos en las dos Facultades de Medicina de Madrid de la importancia que el conocimiento de su pasado tenía para el ejercicio médico. Muchos licenciados se acercaron a él para completar sus estudios doctorales, siendo un director de tesis preocupado y minucioso. Fue siempre un animoso trabajador, siempre dispuesto a emprender retos nuevos. «Yo no concibo la existencia humana —escribió como resumen de su vida— sin la posibilidad de vivirla permanentemente a través de sucesivos retos». Uno de ellos, para el investigador, «es el de expresar por escrito, ofreciéndolo a la comunidad, el resultado de sus lecturas, indagaciones y reflexiones». Al encarar su postrer combate, armado «con el ordenador, amigo y enemigo a la vez de quien, como yo, lo maneja con poca pericia», «la

dificultad estribaba en escoger el modo más idóneo de hacerlo, entre la divulgación y el academicismo, ofreciendo sencillez pero sin renunciar nunca al rigor universitario en que he desarrollado mi vida entera». En fin, en «conseguir que su lectura llegue a ser

NECROLÓGICA

espuela o incitación, trampolín desde el que uno pueda lanzarse a nuevos horizontes, catapulta que, desde sus páginas, impulse a la fantasía a volar hacia campos nuevos y buscar mayor amplitud para el conocimiento». (Agustín Albarracín, *Harvey*, Nivola, Madrid, septiembre 2001, Introducción, 9-11)

Médicos e historiadores lamentamos haber perdido un buen amigo, cuando supimos la noticia de la muerte de Agustín Albarracín el 26 de octubre de 2001. Con Agustín Albarracín y con Pedro Laín desaparece toda una época de la historia de la medicina en Madrid y, sobre todo, hemos perdido dos personas inteligentes y generosas, cultas y entusiastas, que supieron convertir la historia de la medicina en una disciplina científica de necesaria utilidad para médicos e historiadores. Sus trabajos eruditos y elegantes, pulidos y amenos, seguirán en nuestras bibliotecas por muchos años.

José Luis Peset